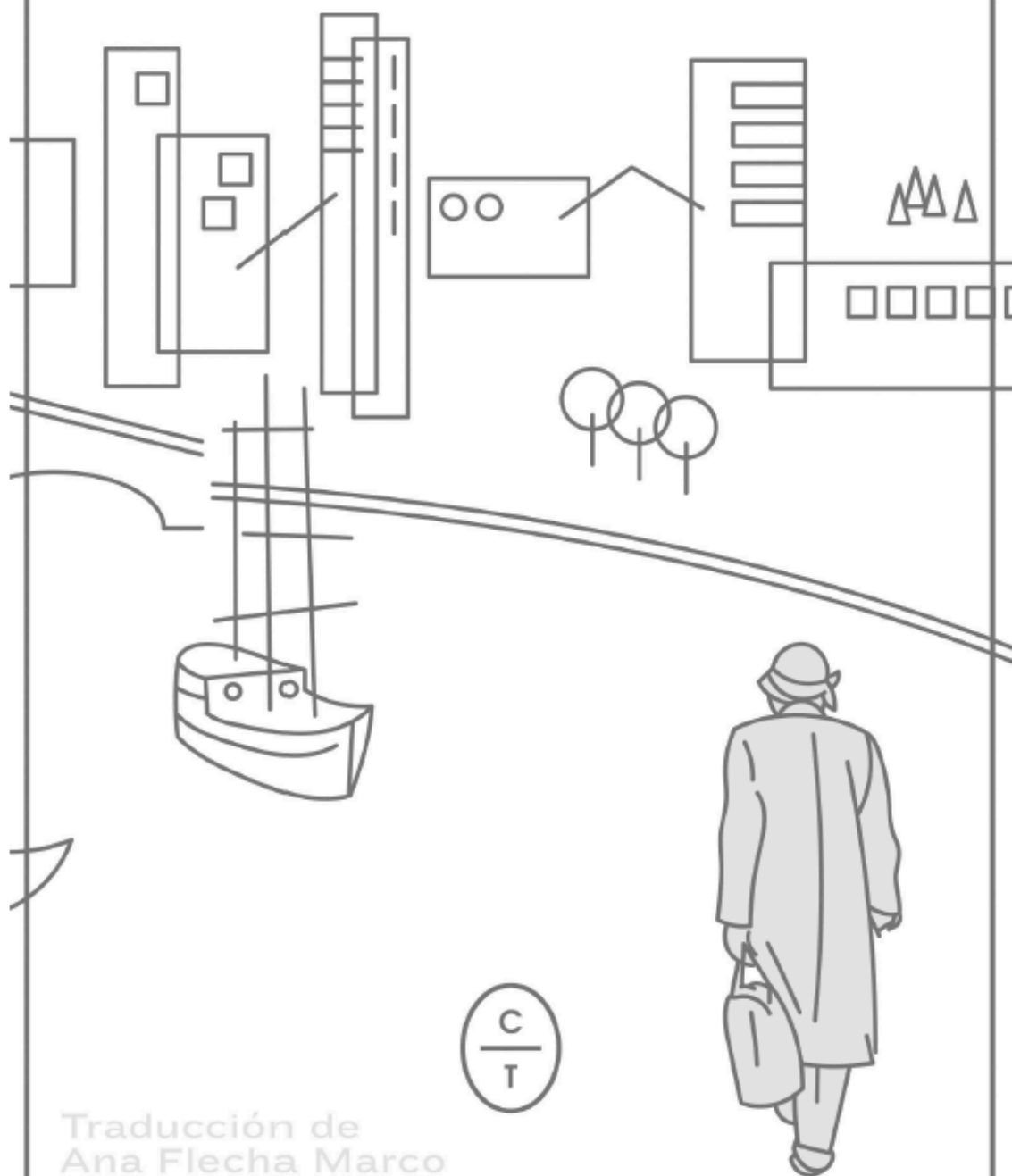


SILBIDO en el VIENTO OSCURO

MARIA NAVARRO SKARANGER



Traducción de
Ana Flecha Marco



1. Círculo

Ella tiene su propio ritmo o rutina, porque es algo que hay que tener si una se pasa casi todo el día en casa y no quiere ensimismarse. Se despierta entre las siete y las ocho, se prepara un café, se asea con un trapo, cuelga el trapo en un gancho que hay encima de la bañera, come algo a las ocho y media, después ve la tele y cuando empiezan las telenovelas la apaga y se sienta a hacer crucigramas un rato, llama a Em, lava la ropa si hace falta, pero no hace falta lavar mucha ropa cuando se es una persona sola. También pasa gran parte del tiempo mirando el móvil, se encorva sobre él y lo toquetea antes de salir a hacer recados, habla con sus amigas, vuelve a casa y come algo, al menos un poco de pan o un huevo frito. Algunos días va a buscar al niño a la guardería. Se cansa de estar pendiente de que no salga corriendo, porque a veces prefiere que ella lo lleve en la silla y otras veces prefiere caminar. Por las noches hace ganchillo. Es productiva, tiene una caja llena de cosas, de cosas de

ganchillo que ha hecho ella misma. A menudo se queda dormida en la butaca, con la labor, frente a la tele. Tiene pocas necesidades. Por tanto está satisfecha con su vida pequeña y tranquila.

2. Sidsel pierde la cabeza

Últimamente, un par de años después de que el niño viniera al mundo, Sidsel ha empezado a comportarse raro. Es difícil saber por qué exactamente, raro es una palabra vaga, pero hay que intentarlo, utilizar la palabra en muchas situaciones distintas, y aun así no resulta del todo descriptiva, porque lo raro puede resultarle normal a alguien que lo esté viviendo, por ejemplo, pero, cuando se dice en voz alta, resulta absolutamente patológico.

Sidsel avanza por el camino hacia el bosque. Camina muy deprisa, como si tratara de alcanzar algo. Con pasos largos y un poco extraños. El camino está pelado. Alguna que otra fáfara ha empezado a crecer sola de la nada.

Sidsel sale al sol y de repente sopla un viento frío. Sidsel se lleva comida a la boca, pero no le sabe a nada, tal vez un poco a pera. Me pregunto qué la mueve, si el cuerpo o la mente.

Sidsel estrella el coche, dos veces en un mismo trayecto, al salir de la circunvalación, en el cruce que está justo antes del cruce de Smestad, donde gira a la izquierda porque baja hacia el cementerio para dejar unas flores en la tumba de su padre, de su hermana y de su madre. Ha salido a hacer recados, como ella misma dice. Para Sidsel comprar el pan es un recado, da vueltas por el centro comercial, compra un sello, se prueba un jersey, se mira al espejo con él puesto, se mira al espejo y ¿en qué piensa entonces? En realidad quería comprarse ese jersey demasiado caro, el que no puede permitirse de ninguna manera, con cuello barco y mangas farol. Lleva queriéndolo desde hace mucho, pero solo lo tenían en azul celeste y no en rosa, que era el que ella quería. Sidsel se compra un helado con virutas rosas en ULTRA, que ya no se llama ULTRA, pero todo el mundo lo sigue llamando así. Se toma el helado en uno de los bancos. Es un gran placer llevarse la cucharita de plástico a la boca y limpiarla de helado solo con los labios y la lengua. Saca el móvil y mira las webs de los periódicos y juega un poco, mueve unos ladrillos cuadrados de atrás hacia delante para hacer una figura (¿¿??) o rellenar una trama (¿¿??), se sienta con la cabeza gacha mirando el teléfono durante casi media hora y cuando está así sentada siempre parece que se ha quedado dormida y al final le duele el cuello cuando se incorpora. Es posible que otras personas del centro comercial la miren mal, o puede ser que Sidsel pase

desapercibida entre los demás. Últimamente se pasea a menudo sin rumbo fijo durante el día, deambula, la gente se la encuentra en los aparcamientos, buscando su coche y le preguntan dónde va y ella responde, tarda unos segundos y después mira al cielo, mira las nubes y se pregunta si lloverá y unos segundos más tarde dice con la mirada perdida que solo ha salido a dar una vuelta hasta el centro comercial para que le dé un poco el aire.

Sidsel conduce por la circunvalación hacia Smestad, arranca, silba mientras conduce, el sol está bajo, tiñe de dorado el barrio de Ris, calienta el parabrisas. Desde Sinsen, el cruce de Smestad consta de dos tramos, y Sidsel primero debe seguir recto, luego girar a la izquierda en el segundo tramo, pero gira a la izquierda en el primero, porque hay tantos coches que no le da tiempo a pensar que tenía que haber cambiado de carril. Llega a un callejón sin salida, y no sabe cómo dar la vuelta, porque es una vía estrecha. Avanza hacia el final. Se queda allí un rato hasta que se preocupa demasiado y después se estresa por si los habitantes de una de las casas salen a gritarle, o por si un coche entra en el callejón y le pita. No se atreve a usar una de las entradas a las viviendas para dar la vuelta (una vez la abordó un hombre de mediana edad que le dijo amable aunque amenazadoramente que no diera la vuelta en su camino de grava, que acababa de esparcirla y no quería que otras personas le dejaran marcas). No tiene dirección

asistida en el coche, el volante pesa. Sidsel decide dar la vuelta en el camino estrecho, hacer palanca para salir, girar el volante muchas veces, para sentirlo en los brazos o en las manos, golpea con fuerza la palanca de cambios para dar marcha atrás, activa el limpiaparabrisas, pero el cristal sigue sucio, hay que lavarlo por dentro, piensa Sidsel, todavía alegre, con las manos bastante firmes en el volante, pero, aun así, se choca contra un contenedor de reciclaje (¿está pisando el pedal equivocado?), se oye un golpe. Entonces la pregunta es si ha sido una pura y desafortunada casualidad o si Sidsel está tan estresada que se ha salido del camino. No se sabe. Sidsel se queda sentada en el coche. Por suerte no hay coches en el estrecho camino que la vean chocarse, ni personas dentro de las casas ni en los jardines, porque de lo contrario habrían salido todos a ayudarla. Después vuelve al cruce con la respiración superficial en la garganta y el sol bajo en la cara, obsesionada por la idea de que alguien haya oído el golpe del contenedor, gira a la derecha sin fijarse y sin ver ni ceder el paso a una furgoneta y se choca contra ella. El cuello le da un latigazo, no lo suficiente para que se desmaye o para que se haga daño de verdad, pero sí para que se quede confundida y desconcertada en el coche y que tengan que venir a buscarla, que tengan que sacarla y llevarla a una gasolinera (la sostienen por debajo de los brazos, un hombre la agarra con el pulgar bajo la axila) y allí le dan un vaso de agua y alguien le pregunta

constantemente si le duele la cabeza o si está mareada. Un policía le pide que explique lo que ha sucedido. Se lo pregunta delicadamente, pero con firmeza. Sidsel no sabe lo que ha pasado, porque ha sido demasiado rápido. Sidsel niega con la cabeza, habla con su vocecita fina y lamentable, la que usa cuando siente pena de sí misma, dice que no vio nada porque le cegaba la luz. Me resulta muy difícil tener una perspectiva general de todo esto, dice.

Y entonces llama a Em y también le dice que fue la luz, el sol bajo, EL SOL BAJO DEL INVIERNO, lo que la cegó y que por eso se había chocado. Al principio, Em piensa que su madre está en el coche, que la ha llamado justo cuando ha ocurrido y que no puede volver a casa. No entiende dónde está su madre, pero Sidsel la llama muchas horas más tarde, ya lleva un rato en casa, de hecho está sentada en el sofá y ya ha cenado, ya ha ido al médico y tuvo que volver a casa en taxi, pero le dijeron que guardara el recibo para que le devolvieran el dinero en el ambulatorio. Sidsel parece satisfecha consigo misma. Al contarlo así, es difícil saber si ha sido grave o no. Es como si no hubiera pasado nada. Em le pregunta por las ventanillas, si Sidsel se ha acordado de lavarlas, porque nunca lo hace (Em recuerda la vergüenza que le daba el viejo y sucio coche de su madre, que a veces estaba aparcado a la puerta del colegio y sus amigos se reían de él). Sidsel no entiende a qué se refiere, he lavado el coche, dice, el

coche estaba limpiísimo, y Em le pregunta si tiene el combustible adecuado (porque una vez su madre casi llena el depósito con diésel), pero la madre dice que también tenía gasolina. QUE FUE EL SOL EMILY, dice Sidsel, no obtiene respuesta. PERO MAMÁ POR FAVOR, dice Emily (desesperada, resignada, decepcionada, pero también preocupada, porque no tiene otra opción). La frase se queda suspendida en el aire y no se completa. Es difícil interpretar lo que piensa Em, arruga la nariz. Puede ser que Em haya empezado a sospechar que Sidsel está empezando a perder la cabeza porque, a pesar de que es un alma alegre, lleva años pasando los días en casa, pensando en sus cosas, y así cualquiera se vuelve raro. Tal vez Em piense que eso le puede pasar a cualquiera.

Temprano al día siguiente Em aparece en la puerta con Liam, cuando entran, su madre se ha retirado al interior del apartamento, la madre no está en el pasillo para recibirlos, para abrazarlos, la madre incluso está sentada en el sofá, lleva un jersey de lana y zapatillas de andar por casa, hay un vaso vacío en la mesa y una manta de ganchillo a su lado en el sofá. Em lleva unos bollos de la tienda como consuelo por lo del coche. Son bollos normales y tiernos de harina de trigo, una bolsa de seis (un pobrecita-qué-tonta-has-sido-y-ahora-se-guro-que-te-denuncian-por-el-accidente). Em pregunta si puede coger un plato, pero no es una pregunta, porque se va directa a la cocina. En la cocina abre la nevera

para ver si hay refrescos, pero la nevera está casi vacía, hay algunos botes de salsa de tomate, salsa de soja, etcétera, un poco de jamón y un limón, y un plato de la cena ahí puesto, oliendo, sin tapa. PERO MAMÁ, exclama Em, casi no tienes comida. Vuelve al salón, dice lo mismo otra vez, al principio la madre dice que no, después dice que ya no necesita comer tanto, o dice: No como mucho, o no, dice: Ya no me interesa tanto la comida. Es raro cómo la nevera vacía de la madre le recuerda a Em a la nevera de su infancia (de repente, como un UY, o un OH NO). Algunas veces cogía dinero de la cartera de su madre para comprar comida o para comprar ropa nueva porque a Sidsel se le había olvidado ir a comprar o porque a Sidsel se le había olvidado hacer la cena o porque Sidsel no tenía ganas de preparar nada. Ahora que lo piensa, no recuerda cuándo empezó a hacerse la cena ella sola, tal vez tendría diez años, fue muy pronto, eran cenas insanas, nadie le había dicho que bastaba con dos porciones pequeñas, que no tenía que comerse un paquete entero de espaguetis ella sola. Y esa fue la razón por la que engordó tanto y le salieron estrías. Una vez se le quedaron pequeños unos vaqueros después de un par de semanas, alguien la llamó gorda, después de eso la llamaron gorda infinitas veces hasta que se puso las pilas y adelgazó. Em fue al médico por... no recuerda el motivo, pero el médico le dijo que podría desarrollar diabetes porque tenía altísimo el azúcar en sangre. La madre de Em le

había dicho que era por el padre de la niña, por la familia paterna, que en esa familia había muchos casos de diabetes, tanto de tipo 1 como de tipo 2. Em se parece a su padre, además, en la cara, en el cuerpo, en la espalda, así que es más propensa en comparación con el resto. Pero entonces el médico dijo que lo mismo podría aplicarse a Sidsel, que era su responsabilidad cambiar los hábitos de las dos.

Antes de irse, Em alarga sus bonitos y cuidados dedos de pianista y le pide el carné de conducir. Hasta sus dedos dicen dámelo. Em la observa, abre los dedos, ahora es como antes, piensa Sidsel, que Em la llama por su nombre en vez de mamá, como para quitarle autoridad. Em dice que Sidsel tiene que ir al médico, como si ella fuera más sensata, ella que es tan joven y ni siquiera sabe conducir.